

El Cielo

Ahora y para siempre



Primer Tramo: ¿Qué características o qué aspecto tendremos en el Cielo?

Casi no se puede apreciar el Cielo y sus atributos si no se sabe que aspecto tendremos, si no sabemos cuál será nuestra naturaleza o esencia. Naturalmente no conocemos todos los detalles, pues en parte se hallan envueltos en un velo de misterio. De todos modos a continuación les ofrecemos algunos versículos e ideas que nos pueden aportar algunas pistas sobre el tema.

Hasta recibir nuestros cuerpos nuevos en la resurrección, tendremos cuerpos espirituales o cuerpos gloriosos

Cuando hablamos de cuál será nuestro aspecto en el Cielo, es importante entender que hay dos fases. Si morimos ahora, antes que regrese Jesús, recibimos una especie de cuerpo espiritual. Al retornar Jesús, resucitarán los cuerpos de los creyentes salvos (que ya estaban en el Cielo). Quienes todavía se encuentren con vida a la venida de Jesús serán transformados instantáneamente y recibirán sus cuerpos resucitados:

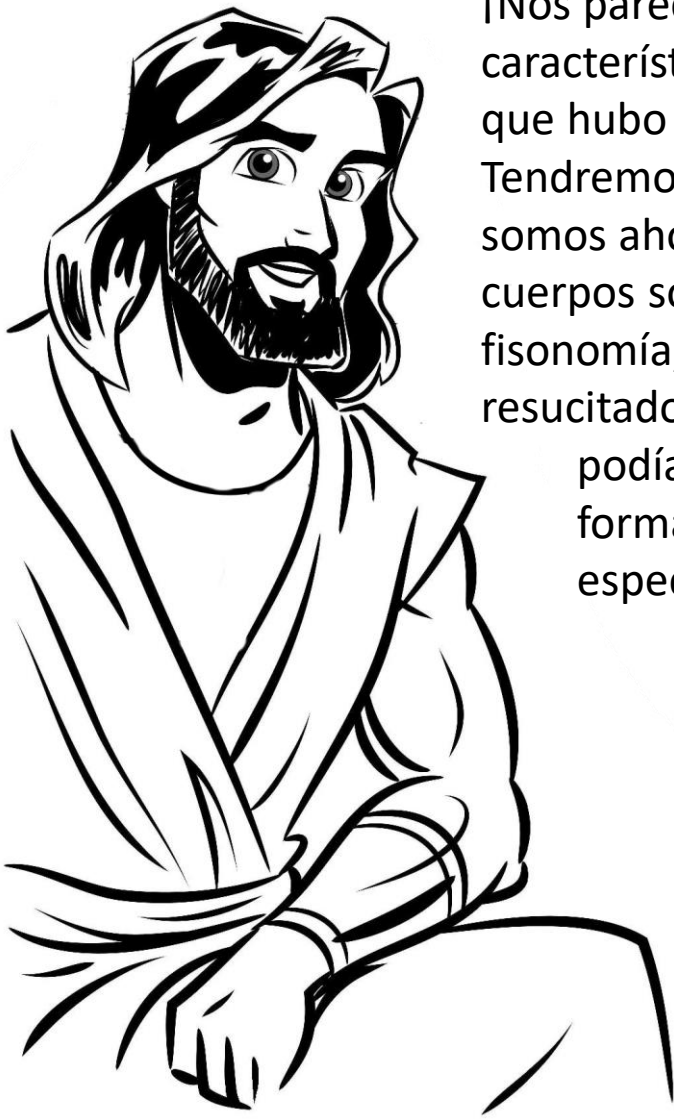
1 Tesalonicenses 4:15-17 - Les decimos lo siguiente de parte del Señor: nosotros, los que todavía estemos vivos cuando el Señor regrese, no nos encontraremos con él antes de los que ya hayan muerto. Pues el Señor mismo descenderá del cielo con un grito de mando, con voz de arcángel y con el llamado de trompeta de Dios. Primero, los creyentes que hayan muerto se levantarán de sus tumbas. Luego, junto con ellos, nosotros, los que aún sigamos vivos sobre la tierra, seremos arrebatados en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Entonces estaremos con el Señor para siempre.

La Biblia no dice mucho del estado actual de quienes mueren antes de regresar Jesús, pero sí da algunos detalles sobre lo que serán nuestros cuerpos una vez resucitados. Echemos un vistazo, pues, a la fisonomía y atributos que tendrá nuestro cuerpo resucitado.

Cuando resucitemos tendremos los mismos atributos que Jesús después de resucitar

Filipenses 3:21— Él tomará nuestro débil cuerpo mortal y lo transformará en un cuerpo glorioso, igual al de él.

1 John 3:2— Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él



¡Nos pareceremos mucho a Jesús! Tendremos características muy similares a Jesús después que hubo resucitado de los muertos.

Tendremos un aspecto muy parecido a como somos ahora, solo que contaremos con cuerpos sobrenaturales. Tendremos la misma fisonomía, igual que Jesús después de haber resucitado. Podía comer y beber y hasta podían tocarlo y verlo. Jesús adoptó una forma física, es decir que tenía una especie de cuerpo físico.

Jesús nació de una mujer de carne y hueso. Murió hombre, como muere un cuerpo físico, pero resucitó como resucitaremos nosotros, en forma parcialmente espiritual y parcialmente física.

Los atributos de nuestro cuerpo celestial

Echemos un vistazo a los atributos de Jesús una vez que hubo resucitado.

- **Un cuerpo distinto**

Cuando Jesús resucitó no tenía forma puramente espiritual.

Lucas 24:36–40. Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: «Paz a vosotros». Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero Él les dijo: «¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad Mis manos y Mis pies, que Yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que Yo tengo». Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

Si bien el tipo de cuerpo que tendremos será nuevo, espiritual, resucitado, maravilloso, eterno y glorioso, todavía tendrá forma corpórea y natural. Será reconocible, visible y palpable, y podremos disfrutar de él. Tanto es así que tendrá una estructura parecida a la de ahora, de carne y hueso, solo que serán carne y hueso eternos, incorruptibles e inmortales. ¡De carne y hueso! ¡Imagínense! Y ese cuerpo celestial glorificado estará en condiciones de gozar de todos los placeres de los que disfruta nuestro cuerpo ahora.

- **Seremos reconocibles**

1 Corintios 15:49. Así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.

El aspecto que tendremos en el Cielo será muy parecido al que hemos tenido aquí en la tierra. Tendremos los mismos rasgos y

fisonomía general —que aquí llama imagen— que tuvimos aquí en la tierra, solo que mucho más gloriosos.



- **Capacidad de desplazamiento**

Después de resucitar, además de hacer todas las cosas normales y naturales que hace cualquier ser humano, Jesús traspasó repentinamente la puerta de un recinto en el que los discípulos se hallaban encerrados y lo hizo sin necesidad de abrirla. Podía aparecer y desaparecer, atravesar muros o puertas cerradas.

Juan 20:19. Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: «Paz a vosotros».

Juan 20:26. Ocho días después, estaban otra vez Sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros».

Con nuestro cuerpo nuevo podremos atravesar paredes y puertas, y aparecer y desaparecer, igual que hizo Jesús.

- **Aunque no será necesario, todavía podremos comer**

Lucas 24:42–43. Le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y Él lo tomó, y comió delante de ellos.

Lucas 24:30. Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio.

Segundo tramo: En el Cielo hay mucha actividad

Morar en el Cielo no implica una eternidad de ocio, sino toda una vida nueva pletórica de movimiento, acción, aprendizaje y acometimientos. Al leer el libro del Apocalipsis, vemos que hay mucha actividad. Gente que viene y gente que va, trompetas que suenan, cantos, alabanzas, personas a las que citan para una audiencia o envían con cierta misión, y mucho más.



Asistencia a los habitantes de la Tierra

Las Escrituras nos dan a entender que una de las actividades de los moradores del Cielo es la de asistir a quienes todavía vivimos aquí en la tierra. Quienes moran en el Cielo no solo observan nuestras actividades; el Señor dispone que nos asistan activamente y a veces se comuniquen con

nosotros, los que estamos en la tierra.

La nube de testigos: Hebreos 12:1

El capítulo 11 del libro de Pablo a los Hebreos, que aparece en el Nuevo Testamento, es un recuento fascinante sobre la fe y los portentos obrados por muchos de los hombres y mujeres de fe más sobresalientes del Antiguo Testamento. A continuación de esa lista de héroes y heroínas de la fe, en el primer versículo del capítulo siguiente, dice:



Hebreos 12:1. Nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.

El manuscrito original del Nuevo Testamento no estaba dividido en capítulos, de modo que hay que tener presente el capítulo anterior a este (el 11) para saber de qué «grande nube de testigos» habla. Quienes ya han pasado a mejor vida con el Señor nos observan, oran por nosotros y procuran ayudarnos.

Hebreos 1:14. Todos los ángeles no son más que espíritus al servicio de Dios, y son enviados para ayudar a los que recibirán la salvación. Apocalipsis 22:8–9. Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: «Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios».

Moisés y Elías en el Monte de la Transfiguración

Tres de los cuatro Evangelios dan cuenta de otra aparición excepcional de dos renombrados santos difuntos. Nos referimos a la reunión cumbre que Moisés y Elías sostienen con Jesús en el Monte de la Transfiguración. Aquellos dos profetas habían partido de esta vida cientos de años antes. Sin embargo, celebraron lo que sin duda debe de haber sido una importante conferencia con el Señor poco antes de Su crucifixión.



Lucas 9:28–31. [...] Tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de Su rostro se hizo otra, y Su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con Él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de Su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén.

Tercer tramo: Preparativos para el Cielo

*** No tenemos por qué tenerle miedo a la muerte**

1 Corintios 15:55–57. «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?»

Muchos dicen que cuando traspasamos el umbral de la muerte se acaba todo, es el final. Pero se equivocan. El umbral de la muerte es la entrada a una nueva vida: La vida del otro lado del velo que separa esos dos mundos. Seguimos siendo nosotros mismos. Conservamos nuestra individualidad. No dejamos de vivir, madurar y aprender. Nuestro espíritu sigue adelante.

La distancia detrás de ese velo no es muy grande y lo que ocurre del otro lado del mismo no difiere totalmente de lo que vivimos de este lado, del lado de la tierra. La misma alegría, amor, paz y contentamiento que los salvos apenas si logramos saborear aquí en la Tierra, allá predominan y los experimentaremos en abundancia.

Él quiere que comprendamos la plenitud del amor que experimentaremos y el cumplimiento de las promesas que nos ha hecho. El Cielo es real; la muerte no es más que la puerta por la que pasamos de la vida que ahora vivimos, a la eternidad.

*** Podemos prepararnos para ir al Cielo complaciendo al Señor**

Nuestra vida en el mundo venidero depende de las decisiones que tomemos en la tierra. Quienes optan por amar a Dios, aceptarlo y tratar de hacer el bien y amar a su prójimo, serán bendecidos con amor en la otra vida. En cambio, quienes odian, destruyen y matan serán juzgados en el Más Allá y tendrán que sufrir por haber elegido mal y por su falta de amor.

Lo que cuenta es que queramos ir a morar con el Señor en el Cielo, que lo aceptemos en nuestro corazón. ¡Con eso estamos salvos!

Juan 6:37b. Al que a Mí viene, no le echo fuera.



No obstante, para que el Señor se alegre a nuestra llegada y hacernos acreedores a Sus recompensas, tenemos que hacer lo que le place. Ya nos hemos preparado para el Cielo reconociendo que Él es nuestro Salvador. Ahora nos toca manifestar nuestra fe y dar testimonio de ella por la forma en que vivimos. Recuerden lo que dijo Jesús:

Apocalipsis 14:13.

Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que

mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.

Mateo 16:27. El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de Su Padre con Sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.

Al final de cada día, una buena pregunta para hacernos es: ¿Qué hice hoy con mi vida? ¿Qué hice hoy por Jesús? ¿Qué hice hoy por los demás?

Recompensas en el Cielo

Mateo 6:19–21. No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Mateo 25:31–40. Cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, y todos los santos ángeles con Él, entonces se sentará en Su trono de gloria, y serán reunidas delante de Él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a Su derecha, y los cabritos a Su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de Su derecha: «Venid, benditos de Mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí». Entonces los justos le responderán diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a Ti?» Y respondiendo el Rey, les dirá: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos Mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis».

Salmo 62:12. Tuya, oh Señor, es la misericordia; porque Tú pagas a cada uno conforme a su obra.

Jeremías 17:10. Yo el Señor, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.

Apocalipsis 22:12. He aquí Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.

2 Corintios 5:10. Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.

Qué nos llevamos

Se cuenta que Alejandro Magno ordenó en su lecho de muerte que cuando lo llevaran al sepulcro no le envolvieran las manos como

era costumbre en la mortaja encerada, sino que las dejaron fuera del féretro para que todos las vieran y pudieran observar que estaban vacías. Que no tenían nada. Que él, nacido en un imperio y conquistador de otro, poseedor en vida de dos mundos, Oriente y Occidente, junto con los tesoros de ambos, en su muerte no pudo conservar ni la más pequeña porción de dichos tesoros. Y que finalmente en tal situación estaba equiparado con el más pobre de los mendigos.

Si vivimos para este mundo, nos iremos con las manos vacías. Pero si vivimos para el próximo, nos iremos con las manos llenas, «ricos en fe» y a punto de recibir una heredad eterna.

Por qué dejó Moisés a Egipto

Pensar en el Cielo nos da fuerzas para sobrellevar algunas de las cosas que enfrentamos actualmente. Ese es uno de los motivos por los que Moisés logró lo que logró, porque «tenía puesta la mirada en el galardón, como viendo al Invisible».

Hebreos 11:24–27. Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible.

Miró más allá de todos los problemas que tenía en Egipto y puso los ojos en el Señor y en su recompensa futura. Previendo lo que le deparaba el futuro, fue capaz de sobrellevar el presente. Vislumbrar el Cielo le dio fuerzas para soportar todo lo que tuvo que soportar

aquí en la tierra.

¡Pudo haber sido faraón, rey de Egipto! Sin embargo, al mirar más allá de Egipto y todas sus riquezas temporales, poder y gloria, vislumbró el mundo venidero y «puso su mirada en el galardón». Tuvo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que todos los tesoros de Egipto, la nación más poderosa de la tierra, el reino más rico del mundo de aquel entonces, del cual podría haber ejercido el cargo más encumbrado de rey. Miró más allá de este velo terrenal en pos de una Ciudad Celestial, cuyo Arquitecto y Constructor es Dios.

<Reflexión> ¿Qué te está pidiendo el Señor que hagas con tu vida? ¿Cuáles son las metas que Él se propone que alcances?